

FORO

Reflexiones sobre el cierre temporario de la Biblioteca Nacional de Uruguay

*Contribución especial para Claves. Revista de Historia*¹

Una biblioteca para el siglo XXI

Peter Burke²

Universidad de Cambridge, Inglaterra

DOI: <https://doi.org/10.25032/crh.v11i21.2643>

Me encantan las bibliotecas. He pasado gran parte de mi vida en ellas, especialmente en las grandes: la Biblioteca del Museo Británico (ahora Biblioteca Británica) en Londres, el Instituto Warburg (también en Londres), la Biblioteca Bodleiana de Oxford y la Biblioteca Universitaria de Cambridge, por no mencionar las visitas relativamente breves a la Biblioteca Nacional (la antigua en la rue de Richelieu de París), la Biblioteca Nacional de Florencia, la Biblioteca del Congreso, la Biblioteca Pública de Nueva York y la Biblioteca Firestone de Princeton. Lamenté mucho el cierre de la Biblioteca Nacional, que debe haber sido un duro golpe para estudiantes y académicos.

Sin embargo, me alegró saber del debate sobre las bibliotecas y agradecí la oportunidad de expresar mis opiniones. Las numerosas ventajas —y algunos

¹ Los editores de la revista agradecen al autor por su gentil deferencia al aceptar nuestra invitación para contribuir con sus comentarios al tema planteado en este foro. (Traducción: Ana María Rodríguez Ayçaguer)

² **Peter Burke** es catedrático emérito de Historia cultural de la Universidad de Cambridge, miembro vitalicio del Emmanuel College y autor de varias decenas de libros. Sus aportes en el campo de la historia social y cultural del conocimiento y su contracara, la ignorancia, lo han convertido en uno de los historiadores contemporáneos más influyentes. La polifonía y la mirada global de los procesos está presente en todas las obras de un historiador que comunica de manera clara y profunda. Sus libros, más de 30, traducidos a 33 idiomas se han convertido en referencias centrales para especialistas, pero también para un amplio público de lectores de todo el mundo.

defectos— de las grandes bibliotecas me han animado, al igual que a los académicos uruguayos, a reflexionar sobre cómo sería una biblioteca ideal, tanto ahora como en el futuro, si la biblioteca, definida como un edificio lleno de libros impresos, no corre el riesgo de volverse obsoleta en la era digital. Como amante de los libros e hijo de un librero anticuario, espero fervientemente que esto no suceda y me reconforta saber que las nuevas tecnologías a menudo complementan a las antiguas, en lugar de reemplazarlas: la imprenta, por ejemplo, no expulsó a los manuscritos, así como la escritura no expulsó al habla.

Mi receta para una gran biblioteca ideal refleja inevitablemente los intereses de un académico en humanidades, pero lo que sigue es también un intento de reflexionar sobre las posibles necesidades de otros grupos. Esta biblioteca ideal para el siglo XXI ya no puede limitarse a los libros (con salas de lectura especiales para libros raros y manuscritos). Sería una «Casa del Conocimiento» o «Casa de la Sabiduría», como el *Dār al-ʿIlm* en El Cairo medieval y el *Bayt al-Ḥikmah* en el Bagdad medieval. Hoy en día, este ideal depende de la inclusión de colecciones de imágenes (desde grabados hasta vídeos), sonidos (música, discursos, poemas, etc.) y medios mixtos como películas, ya sea que estas colecciones se encuentren en la biblioteca principal o en edificios separados cercanos.

La biblioteca debería estar ubicada en el centro de la ciudad (en el caso de una biblioteca nacional, en la capital), en un distrito que también contenga museos y universidades. Idealmente, la biblioteca debería tener un jardín o, al menos, estar situada muy cerca de un parque público, para que los lectores puedan descansar al aire libre. También debería incluir uno o más cafés, no sólo para el descanso sino también para la sociabilidad intelectual, ya que en el diálogo se construyen o critican muchas ideas.

Debería estar abierta al menos algunas tardes a la semana, para quienes trabajan a tiempo completo durante el día. Pienso en una biblioteca nacional es principalmente como un recurso para académicos, pero también un lugar que acoge tanto al público en general como a estudiantes, cada uno con necesidades diferentes. Muchos estudiantes, por ejemplo, necesitan más un lugar para sentarse con sus computadoras portátiles que un depósito de libros, como cientos de ellos a diario en la Biblioteca Británica, que ha proporcionado espacios amplios fuera de las salas de

lectura, equipados con sillas y mesas.

El mobiliario de las bibliotecas merece una reflexión. En primer lugar, el catálogo, accesible en línea (me alegra no tener que manejar ya los grandes y pesados volúmenes de catálogo en Londres y otros lugares -en Oxford, por ejemplo, el catálogo era incluso menos accesible de lo habitual porque muchas entradas se escribieron en manuscrito en el siglo XIX y eran difíciles de descifrar). Un catálogo en línea, accesible desde casa, también permite a los lectores pedir y reservar libros con antelación, ahorrando así un tiempo precioso al llegar.

Espero que la inteligencia artificial facilite la búsqueda de catálogos por tema. Un archivista holandés que conozco sueña con un sistema para ayudar a los investigadores basado en recomendaciones del tipo «Si te gustó esta película, también te gustará...». Con este sistema, quien solicitara ver un manuscrito en particular recibiría una alerta con recomendaciones sobre otros manuscritos que trataran el mismo tema. En una de mis bibliotecas favoritas, la del Instituto Warburg de Londres, los lectores tienen acceso a las estanterías y la colección está organizada según lo que podría llamarse «la regla del buen vecino», según la cual el libro que realmente quieres es aquel que no conocías al llegar, pero que encuentras en la estantería junto al que buscabas. Este método, por supuesto, solo es posible en bibliotecas relativamente pequeñas y especializadas, pero quizás la IA sea la solución en el caso de las bibliotecas nacionales.

En una biblioteca ideal, los escritorios y las mesas deben ser amplios y las sillas cómodas (aunque no demasiado). Una iluminación y calefacción adecuadas son esenciales, aunque no lo eran en el siglo XIX, cuando los lectores debían abrigarse bien para el invierno inglés y forzar la vista para aprovechar la luz. Antes de 1893, la Sala de Lectura del Museo Británico cerraba los días de niebla, cuando estos días aún eran frecuentes en Londres. Incluso cuando se dispuso de luz eléctrica, algunos bibliotecarios se opusieron a ella por considerarla peligrosa (para los libros), y no siempre se equivocaron, ya que un incendio en la biblioteca universitaria de Turín en 1904 fue causado por un cableado defectuoso.

En cuanto a otros muebles, podrían incluir fuentes de agua potable (de rigor en EE. UU., pero poco comunes en Gran Bretaña), máquinas expendedoras de

refrescos y sándwiches (cerca de la entrada y lejos de las salas de lectura) y cabinas donde los lectores pueden echarse una breve siesta sin molestar a los demás. Cabinas de este tipo se instalaron recientemente en la Biblioteca de la Universidad de Cambridge a petición de los estudiantes. Algunos muebles, que antes estaban disponibles, se han suprimido, con razón, desde ceniceros para fumadores hasta tinteros en cada escritorio.

Los servicios para los lectores a menudo se dan por sentados, pero dependen del trabajo duro y la habilidad del personal. Me di cuenta de esto en la antigua Biblioteca del Museo Británico cuando pedí un volumen de una larga colección y, para identificarlo, me llevaron al almacén en un sótano oscuro, me dieron una linterna y me pidieron que encontrara lo que necesitaba. Algunos libros, por supuesto, se extravían. En la época en que los lectores pedían libros escribiendo en formularios impresos, en el Museo Británico el reverso del formulario enumeraba seis razones por las que un artículo determinado no podía ser entregado. Además de «en uso por otro lector» o «en encuadernación», estas razones incluían «destruido por bombardeos en la guerra» (es decir, en la Segunda Guerra Mundial). En una ocasión, pedí un libro publicado en la década de 1960 y el formulario volvió con una marca de verificación en «destruido por bombardeos». Tuve el placer de acercarme al mostrador central y preguntar: «¿Cuál guerra?».

Finalmente, una biblioteca ideal permitiría a sus lectores sugerir mejoras tanto al edificio como a los servicios, ya sea escribiendo en una pizarra, dejando un mensaje en un buzón o enviando un correo electrónico. Al fin y al cabo, ni siquiera los mejores bibliotecarios pueden pensar en todo ni imaginar las necesidades especiales de cada lector. ◇